Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 6697 Domingo 23 de julio de 2006
Temporada n° 53 **Cine GAUMONT**

ANA Y LOS OTROS (Ídem., Argentina, 2003) *Dirección*: CELINA MURGA. *Guión:* Celina Murga. *Fotografía*: José María 'Pigu' Gómez, Marcelo Lavintman. *Asistente de dirección:* Camila Brigante. *Montaje*: Martín Mainoli. *Sonido*: Federico Billordo. *Dirección de arte*: Sebastián Corujo. *Elenco*: Juan Cruz Díaz la Barba (Matías), Natacha Massera (Natalia), Camila Toker (Ana), Ignacio Uslenghi (Diego). *Productor*: Celina Murga. *Productor ejecutivo:* Carolina Konstantinovsky. *Duración original:* 80'.

Este film se exhibe por gentileza de Primer Plano Films Group.

El film

Producida con aportes de la prestigiosa fundación Hubert Bals, al cabo de la edición 2003 del Bafici **Ana y los otros** recibió el Premio Especial del Jurado. Meses más tarde, un jurado de críticos de todo el continente la consagró Mejor Película Latinoamericana, en el marco del Festival de Río de Janeiro. Casi al mismo tiempo recibía una Mención Especial del Jurado de la muy reconocida Semana de la Crítica, que tiene lugar en el seno del Festival de Venecia. Cuando se estrenó en París, a mediados del 2004, la ópera prima de Celina Murga resultó un pequeño suceso, recibiendo críticas ditirámbicas incluso de la legendaria Cahiers du Cinéma, que le dedicó un espacio inusual para un estreno latinoamericano. (...)

"Promoción 93", dice un cartel colgado en medio de una fiesta, a la que asiste la protagonista de **Ana y los otros**. Ana se arrima a los 30 años. Igual que la realizadora en el momento de gestar la película, hacia fines del fatídico 2001. Ha regresado a su ciudad natal de Paraná, tras radicarse en Buenos Aires, como ocurrió también con Celina Murga. Importaría poco el componente autobiográfico en **Ana y los otros** si no fuera porque esa vinculación con lo que se cuenta es perceptible a lo largo de la película. Aunque siempre de esa manera borrosa, imposible de medir con precisión, que caracteriza las relaciones entre realidad y ficción en el cine hecho con autenticidad. Como tantos otros exponentes del llamado Nuevo Cine Argentino –desde Pablo Trapero hasta Mariano Llinás, pasando por Rodrigo Moreno, Enrique Bellande y Juan Villegas, a la sazón pareja de la realizadora de **Ana y los otros**–, Murga se formó en la Universidad del Cine, verdadero riñón de la generación de cineastas que desde mediados de los '90 planteó una decidida ruptura con el cine anterior.

¿Hay un carácter generacional en **Ana y los otros**? Seguramente. Sin embargo y a diferencia de lo que suele suceder con las películas "generacionales", a Murga lo que parece interesarle del asunto no es sólo lo que une a los miembros de una generación, sino también aquello que los separa. Lo que hace **Ana y los otros** es poner en duda la propia conjunción que el título hace suya. Con una Camila Toker que encarna a la perfección ese estar y no estar del todo, ese pertenecer y no tanto, el regreso al pago aparece marcado por una oscilación entre el deber (Ana vuelve para firmar la venta de una propiedad familiar) y el deseo. Este último la va llevando, suave pero indefectiblemente, en busca de un antiguo novio. Delicias de la ambigüedad, ni siquiera en ese caso será posible saber a cabalidad si el siempre pospuesto encuentro con el inasible Mariano representa para Ana la posibilidad de un futuro o, todo lo contrario, la tentación de la regresión.

No sólo en relación con Mariano parece signada Ana por la contradicción entre el estar y el no querer estar de vuelta allí. Todos sus encuentros –con los viejos amigos y amigas, con los que se casaron y los que no, con un antiguo compañero que podría llegar a convertirse en amante ocasional– están marcados por una singular forma de distanciamiento cercano por parte de la protagonista. O de ausencia en presencia.

Hasta sus encuentros más plenos son circunstanciales, perecederos, fugaces. Es lo que sucede con el muy avispado chico que Ana conoce en el último tercio de película, y que revela en Murga una afinidad con el mundo infantil (los protagonistas de su próximo proyecto son todos niños) que podría llegar a convertirla en una versión femenina y argentina de François Truffaut.

Si un referente estético se hace evidente sin embargo a lo largo de **Ana y los otros**, es el del cine de Eric Rohmer. Aparte de la predilección por la transparencia expositiva, los planos-secuencia, los escasos planos cercanos y la combinación justa de cálculo y espontaneidad, del cineasta francés parece haber tomado Murga esa rara forma de distancia empática, de pudor asumido, con que el realizador de **El rayo verde** (*Le rayon vert*, 1986) suele relacionarse con lo que muestra. Y que provoca aquí la peculiar sensación de conocer a los personajes, pero nunca del todo. Parece haber en Murga una auténtica curiosidad por el mundo, pero también la noción de que éste jamás podrá develarse en plenitud. De allí seguramente ese memorable largo plano final, en el que la cámara contempla, desde una posición muy alejada, el embrión de un encuentro. Son apenas segundos, antes de que una puerta se cierre para siempre, recordándole tal vez al espectador que es de tiempo y de distancia que están hechas las películas. Las que valen la pena, al menos.

(Horacio Bernades, 19 de enero de 2006, extraído de www.pagina12.com.ar)

El tiempo no ha desgastado en lo más mínimo el encanto, la autenticidad y la ternura que se desprenden de las precisas viñetas, de las austeras observaciones, de la mirada por momentos lacónica, a veces irónica y siempre nostálgica de esta ópera prima autobiográfica de Celina Murga.

Ana (Camila Toker), la protagonista de 25 años y álter ego de la directora, regresa a su Paraná natal luego de ocho años de ausencia, que la han convertido casi en una porteña por adopción, para vender la casa familiar. Nuestra heroína recorre las calles y las playas de la ciudad entrerriana tratando de recuperar los viejos rituales (comprar el diario local, darse un chapuzón en el río), pero la sensación de extrañeza e incomodidad va in crescendo a medida que se topa inevitablemente (allí todos se conocen) con viejos vecinos, amigos de amigos o ex compañeros de escuela.

Una fiesta de reencuentro, las charlas íntimas con su mejor amiga ya casada y con una hija, los flirteos de un joven que le confiesa con demasiado atraso su pasión, y la posibilidad no muy segura de buscar a un viejo amor dominan las vivencias cotidianas, banales, pero jamás intrascendentes, de Ana, que parece más interesada en conectarse con los chicos que con sus pares.

La curiosa cámara de Murga (una directora con una sensibilidad infrecuente en el cine argentino) sigue de cerca el derrotero imprevisible de Ana en un relato lleno de fugas hacia adelante, de asociaciones libres, de sutiles pinceladas y de diálogos inteligentes (pero jamás demasiado ambiciosos ni altisonantes) que remite en su ascetismo al cine del iraní Abbas Kiarostami y a la luminosidad, la transparencia y la empatía para con sus personajes del francés Eric Rohmer en, por ejemplo, **Cuento de verano** (*Conte d'été*, 1996).

Leve, rigurosa, despojada, diáfana, entrañable, **Ana y los otros** encuentra en Camila Toker (un rostro que parece haber sido transportado hasta Paraná desde los clásicos iniciales de la nouvelle-vague francesa) a su intérprete perfecta, con toda la carga melancólica que las canciones de Virus, Los Twist y Clap también ayudan a amplificar. La naturalidad y credibilidad con que Toker expresa las dudas, las contradicciones, los pequeños secretos y mentiras de Ana, la convierten en una actriz de enorme futuro cinematográfico.

La escena en que ella improvisa con un niño la forma en que éste debería seducir a su posible novia en las calles de Victoria se ubica no sólo entre lo mejor de la película, sino dentro de la producción argentina reciente. Un momento excepcional, de enorme pureza cinematográfica, para una de esas historias mínimas que merecen ser contadas.

(Diego Battle para diario La Nación, extraído de www.fotograma.com)

Como Ezequiel Acuña (y también, de alguna manera, Juan Villegas y Martín Retjman), la directora debutante Celina Murga hace de las tenues experiencias cotidianas de personajes jóvenes, un sutil documento sobre las expectativas difusas y las dificultades afectivas de quienes rondan los treinta años.

En **Ana y los otros** no hay –salvo un quiosquero al paso– gente mayor (incluso, en un momento, durante la visión del video de una fiesta de casamiento, se deslizan referencias no muy amables hacia "los viejos"), y, teniendo en cuenta que se centra en una protagonista femenina independiente y empeñada en resolver su vida sentimental, podría considerarse una suerte de contracara generacional de **Elsa y Fred** (Marcos Carnevale, 2005).

Sería tema para una discusión interesante si el cine argentino se está bifurcando, dirigiéndose a públicos contrapuestos. En tanto, favorece a esta "ópera prima" el hecho de que, mientras en el film de Marcos Carnevale la anciana interpretada por China Zorrilla era una invención, un personaje, cuyas características graciosas y entradoras respondían al interés por conseguir una eficaz comunicación con el público (muy ligadas, además, con la imagen de la actriz), en Ana, en cambio, se intuyen la soledad, los temores y los pensamientos de alguien que parece realmente una persona, y, al ser interpretada por una actriz desconocida (la muy convincente Camila Toker), termina resultando el retrato de una chica como tantas, representándose en ella a otras jóvenes que atraviesan con la misma timidez o confusión el ingreso a la madurez, observando con cierta perplejidad la ostentación que otras hacen de sus noviazgos y soportando que los demás insistan en procurarle un compañero.

Miradas y silencios hacen pensar y acercan al film al registro documental: el propio final hace tomar distancia de la historia de la protagonista, dejando en el espectador la posibilidad de terminarla. Sensible, la realizadora elabora y mantiene una atmósfera invadida por la melancolía, una ligera incomodidad y cierto encanto también, evidentes en las recorridas de Ana con su coche por calles humildes y paisajes entrerrianos (trayendo a la memoria algo del cine de Abbas Kiarostami), con la ayuda de una una cálida fotografía y de la espontaneidad de algunos actores (Ignacio Ustenghi, el desenvuelto Juan Cruz Díaz La Barba). En la frescura naturalista de secuencias como la preparación de un asado en los fondos de una casa familiar, se encuentra lo mejor de esta película, modesta y noble.

(Ferando Varea, 12 de febrero de 2006, extraído de www.citynema.com)

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**